

KARL MARX, EL IDEOLOGO DE LA REVOLUCION COMUNISTA

POR

MIGUEL PORADOWSKI

En el presente año (1983) se cumple el primer centenario de la muerte de Karl Marx, lo que parece ser una buena ocasión para recordar la verdadera vida y el auténtico pensamiento de un hombre que ha tenido y sigue teniendo una extraordinaria influencia sobre los acontecimientos históricos del siglo veinte (1).

La vida y el pensamiento de Marx —de manera parecida a los de muchísimos protagonistas de la historia— tomaron carácter de leyenda y de mito, que sólo ahora empiezan a desvanecerse algo, permitiéndonos descubrir a un Marx auténtico. Esta leyenda y este mito se formaron por muchas razones, pero la más importante parece ser que la gran parte de los escritos de Marx, ante todo de su abundantísima correspondencia, permaneció, hasta hace poco, inaccesible para los estudiosos. ¿Por qué ha ocurrido eso? Las causas fueron múltiples: por un lado, las dificultades prácticas para publicarlas (2) y por otro el esfuerzo de algunos interesados para impedirlo (3).

(1) La influencia de Marx y de su pensamiento sobre los acontecimientos históricos de la segunda mitad del siglo XIX fue casi nula.

(2) Las dificultades prácticas son múltiples, de las cuales mencionamos aquí sólo algunas. En primer lugar se presenta el gravísimo problema de la escritura de Marx, completamente ilegible (salvo rarísimas excepciones como, por ejemplo, algunas cartas escritas en francés). Incluso sus más cercanos familiares y su íntimo amigo Engels tenían grandes dificultades para leerla. Con la muerte de Engels (1895) y de las hijas de Marx, la posibilidad de descifrar los manuseritos de Marx se terminó, en circunstancias de que la gran mayoría de ellos se quedó sin publicar. Se

Sin acceso a la totalidad o, al menos, a la parte más importante de los escritos de Marx, fue imposible presentar una imagen objetiva y completa de su vida y de su pensamiento. Además,

puede tener muy serias dudas respecto a la capacidad de Luisa Kautsky (1860-1950) —que fue la primera esposa de Karl Kautsky, hasta 1889, y que en 1893 pasa a ser la esposa de Ludwig Freyberger, el médico de cabecera de Engels—, la continuadora de esta tarea después de la muerte de Engels, algo iniciada en este arte durante su trabajo de secretaria y colaboradora de Engels desde 1890. Más todavía son dudosas las lecturas de Riazanov (David Borissovitch Goldendach) y de Adoratsky, directores del Instituto Marx-Engels-Lenin, de Moscú, quienes han continuado este trabajo. Se dice que la ceguera de Engels y de Kautsky, que los aquejó al final de sus vidas, fue la consecuencia de estas lecturas. Engels, en sus trabajos fue ayudado por Eleonor, la hija menor de Karl Marx. Con la trágica muerte de ella (se suicida junto con su marido, pocos años después de la muerte de Engels), los trabajos de lectura y de transcripción de los manuscritos de Marx se hicieron casi imposibles.

En segundo lugar se presenta el problema de la cantidad de estos escritos, ante todo si se trata de los artículos periodísticos y de varios miles de cartas (más de ocho mil). Todas las ediciones llamadas «completas» no lo son; además, todas ellas son expurgadas y censuradas. Los primeros que empezaron a expurgar los escritos de Marx fueron sus hijas y su amigo Engels. Se dice que la hija Leonor quemó todas las cartas que consideró «comprometedoras»; no se sabe con qué criterio las clasificaba entre publicables y destinadas al fuego. Los testamentarios de Marx y Engels «limpiaron» el archivo, eliminando todo lo que consideraron conveniente destruir y «corrigieron» lo publicable (véase, al respecto, Julien D'Arleville, *Marx, ese desconocido*, edición castellana, Ed. Acervo, Barcelona, 1972, pág. 19). A su vez, una «purga» mucho más esencial fue hecha por el Instituto Marx-Engels-Lenin, de Moscú, desde que este centro de estudios marxistas-leninistas se apoderó de casi todos los archivos de Marx y de Engels. Esta vez la «purga» fue doble, en primera instancia, por iniciativa de los mismos directores del Instituto, Riazanov y Adoratsky y, en segunda, por orden de Stalin. Así, la edición «completa» del Instituto moscovita no es ni completa ni fidedigna. La edición francesa, todavía no terminada y que ya sobrepasa los treinta volúmenes (la moscovita es de 41 volúmenes) tampoco es confiable, pues es publicada por la editorial *Éditions Sociales*, propiedad del partido comunista francés, controlado en todo por Moscú. La edición alemana, publicada en Alemania Oriental, es simplemente una traducción al alemán de la edición moscovita.

la gran mayoría de las biografías de Marx, como también de las presentaciones de su pensamiento, desde un principio tomaron carácter de propaganda política o ideológica, sea en su favor, sea en su contra. A pesar de que las obras de valor sobre Marx llegan a un centenar, Karl Marx sigue siendo un desconocido. Sin embargo, sobre Marx y el marxismo aparecieron en los últimos años varios estudios, tanto de sus partidarios como de sus adversarios, que se inspiran en el noble afán de descubrir al Marx auténtico y, de esta manera, se pasa de las «hagiografías», llenas de leyendas y mitos, a las biografías, basadas sobre documentos, datos comprobados y hechos verificados.

1. El ambiente familiar en que nace.

Karl Marx nace el 5 de mayo de 1818, en Tréveris (Trier), Renania, en el seno de una culta y acomodada familia judía de muy antiguas tradiciones rabínicas. Su abuelo paterno y su tío paterno son, en este tiempo, rabinos en Tréveris, continuando

(3) Hasta hoy día no está completamente claro por qué muchos de los escritos de Marx, en vez de ser publicados, quedaron archivados. Seguramente no por razones financieras, pues Engels y los otros amigos de Marx disponían para eso de fondos suficientes. Así, por ejemplo, los *Manuscritos de 1844* fueron publicados sólo 110 años después de ser escritos y 73 años después de la muerte de Marx, en el año 1956. La ideología alemana, elaborada por Marx, Engels y Moisés Hess, en los años 1845/46, fue publicada, por primera vez, sólo en 1932. Se puede suponer que ni Marx ni Engels consideraron conveniente publicarlos y que también los testamentarios compartían esta posición, pues los archivos de Marx y Engels, mientras permanecieron en las manos de ellos, fueron inaccesibles a los estudiosos. Bebel, Bernstein y Kautsky fueron partidarios de un marxismo moderado, reconciliable con el socialismo democrático y reformador. La publicación de lo escondido se empieza sólo cuando el Instituto MEL se apodera de los archivos de Marx-Engels, pues el marxismo-leninismo, es decir, el comunismo revolucionario soviético, encontró en los escritos de Marx-Engels los argumentos para su doctrina e ideología, que pretenden justificar la extensión de la revolución bolchevique a todo el mundo.

do con una antigua tradición familiar, pues tanto por el lado paterno como por el lado materno sus antepasados son rabinos (4).

Cuando nace Karl Marx, toda la familia, con excepción del padre, sigue confesando todavía la religión judía (el mosaísmo), lo que explica que Karl Marx, al nacer, en la ceremonia de la circuncisión, recibe el nombre de Kissel-Mardoqueo; el nombre de Karl lo recibe sólo seis años después, cuando, con toda su familia (con excepción de su madre), pasa al protestantismo. El bautizo de Karl Marx, en la Iglesia protestante, tiene lugar el 26 de agosto de 1824. Este paso de toda su familia al protestantismo no fue un acto de conversión, sino de conveniencia. El padre de Karl Marx, siendo abogado, ocupaba un lucrativo e importante puesto de abogado de Estado. El cambio político en Europa, a raíz de la caída de Napoleón, introducido por el Congreso de Viena, incorpora Renania al Estado de Prusia, cuya Constitución reservaba los cargos públicos exclusivamente a los protestantes, lo que colocó a Heinrich Marx ante una alternativa: o deja su religión judía o su puesto de abogado de Estado. Heschel (Heinrich) Marx dejó formalmente su religión para poder guardar su puesto de funcionario. En consecuencia, toda la familia también se bautiza en la Iglesia protestante (5).

(4) Varias biografías de Karl Marx incluyen abundantes informaciones al respecto, gracias a las cuales se conoce con detalles su árbol genealógico casi desde el siglo XVI, pues se trata de rabinos muy destacados, famosos, de gran autoridad y bien conocidos para los estudiosos del Talmud. Por el lado paterno se trata de rabinos residentes durante siglos en las ciudades de Polonia, Lwów y Cracovia, de ahí sus apellidos, los «Lwów» y los «Cracauer», y también de residentes en Padua (Italia), con apellidos Minz y Katzenellenbogen. Por el lado materno sus antepasados son los famosos rabinos holandeses Presburg y Cohen por los cuales Karl Marx es pariente del poeta Heinrich Heine, su contemporáneo y amigo. Son los Lwów quienes emigraron desde Polonia a Renania, llegando hasta Tréveris, como rabinos, guardando su apellido «Lwów», que cambiaron a «Marx» sólo pocos años antes del nacimiento de Karl.

(5) El padre de Karl Marx, Heschel Marx, se bautiza en 1817 y, en esta ocasión, cambia su nombre «Heschel» a «Heinrich». La madre de Karl Marx posterga este acto por varios años, pues está vinculada a su religión judía y muy orgullosa de sus antepasados rabinos. Los primeros

El padre de Karl Marx, Heinrich (Heschel) Marx, siendo el tercer hijo (en una familia de ocho niños), no podía suceder a su padre en el rabinato, pues la costumbre reservaba esta dignidad para el hijo primogénito. Fue un hombre culto y gozaba de muy buena situación económica, en gran parte heredada. Un año después del nacimiento de Karl Marx, Heinrich (Heschel) Marx compró un agran casa-mansión, en la calle Simeonsgasse, 8, por la cual pagó la elevada suma de 12.000 francos. Sin embargo, la casa anterior, en la cual nació Karl Marx, llamada después *Karl-Marx-Haus*, en la calle Brückengasse, 664, también era muy grande y cómoda, pero no fue propiedad de los Marx. Después del bautismo, Heinrich Marx, con su familia, se integra rápidamente en la sociedad protestante alemana, asimilando la cultura liberal-protestante de Renania, lo que le fue facilitado por su previa educación y formación recibidas en Francia, donde estudiaba leyes. Sin embargo, nunca rompió con la comunidad judía de Tréveris, ni con su hermano, el Gran Rabino (*Oberrabbiner*). Siempre fue un gran entusiasta de los ideales de la Revolución francesa, del racionalismo, liberalismo, individualismo; de los escritos de Rousseau, Voltaire y de los enciclopedistas; cantaba la *Marseillaise* y en su biblioteca guardaba las obras de la literatura francesa, lo que no es extraño, pues Renania siempre estuvo bajo la influencia de la cultura francesa. Sin embargo, su entusiasmo por lo «nuevo», divulgado por la Revolución francesa y las guerras napoleónicas, no llega a borrar en él la fe en Dios. Heinrich Marx seguía creyente y respetuoso de la religión, pero su cristianismo fue completamente secularizado por el protestantismo y reducido sólo a la ética.

Heinrich Marx heredó de sus padres una importante viña, que cubría un cerro cercano a la ciudad. En la mesa de su casa nunca faltaba un buen vino de su propia viña, la que fue un lugar propicio para los juegos de los niños y los paseos de los padres. El cerro se llamaba Marxberg, y se puede suponer que la

años de su niñez, Karl Marx los pasa en un ambiente exclusivamente judío.

familia de los rabinos Halevy Lwów, abuelos de Karl Marx, cambió su apellido «Lwów» a «Marx» cuando se hizo propietaria del cerro Marxberg.

Karl Marx fue el hijo regalón de sus padres, tal vez en razón de que su hermano mayor, el hijo primogénito, Moritz-David, murió al nacer; su otro hermano, el que le seguía, Herman, nació minusválido, enfermizo y deficiente mental (murió a la edad de 23 años), y el otro hermano, Eduardo, el último de los nueve niños, murió de tuberculosis a la edad de once años. También de tuberculosis mueren temprano sus dos hermanas, Henriette y Karoline, y las otras hermanas, una vez casadas, abandonan rápidamente la casa paterna y la ciudad, siguiendo a sus maridos. La madre se quejaba de que su familia —como el pueblo judío— vivía dispersa en todo el mundo.

2. Los años de la juventud de Karl Marx.

Cuando niño, Karl Marx se manifiesta muy egoísta y cruel; maltrata a sus pequeñas hermanas, es irrespetuoso frente a su madre e indiferente y frío con su padre y familiares, y esto lo caracteriza hasta el fin de su vida, siendo duro y cruel con su esposa e hijas; no asistió a los funerales de su padre, ni de su madre, ni de su esposa.

Su educación la recibe en el *Collège de Trèves* (su nombre francés indica la presencia de la cultura francesa en Renania), el antiguo colegio de los jesuitas, fundado en el siglo xvi y recién secularizado, estatizado y rebautizado con el nombre de «Friedrich-Wilhelms-Gymnasium». La enseñanza de la religión seguía siendo obligatoria y Karl Marx estudió durante cinco años la religión cristiana (protestante). Sin embargo, varios profesores del colegio seguían la corriente secularizante, racionalista y liberal, despertando en sus alumnos el entusiasmo por los ideales de la Revolución francesa y por la filosofía kantiana. Todo el ambiente familiar, de vecindad (el barón Westphalen) y del colegio, en el

cual se forma la personalidad del joven Karl Marx, es profundamente liberal y secularizado.

La amistad de su padre con su vecino, el barón Westphalen, permite al joven Karl Marx entrar en intimidad con este aristócrata liberal, haciéndose compañero de sus paseos, durante los cuales el barón compartía con su joven vecino sus inquietudes y opiniones. Pues bien, el barón fue un típico burgués (en el sentido marxista de la palabra), un liberal, un entusiasta de las utopías de Saint Simon, de Fourier, de Proudhon y de otros escritores franceses de moda, impactando al joven Marx con sus ideas «progresistas» y socialistas. En esta ocasión Karl Marx se enamora de la hija única del barón, Jenny, con la cual se casa sólo muchos años después, pues, a pesar de ser tan amigo de Karl Marx, el barón se oponía terminantemente a este matrimonio (como también se oponía el padre de Karl Marx), y los jóvenes podrían casarse sólo después de la muerte de sus padres. El hermanastro de Jenny, Eduardo Westphalen, fue compañero de Marx en el colegio, lo que facilitaba a Marx las frecuentes visitas a la casa de los Westphalen.

3. Los tiempos de estudios universitarios.

Una vez terminado el colegio y obtenido el bachillerato, Karl Marx se matricula en la Universidad de Bonn, para estudiar leyes, según el deseo de su padre. Después de un año de estudios en Bonn, se traslada a la Universidad de Berlín, donde formalmente sigue estudiando leyes, pero, al mismo tiempo, toma distintos cursos de filosofía y de otras materias, según su interés personal, lo que podía hacer, pues el curriculum lo permitía. Estudiando leyes, Marx estudia también economía, pues en las universidades europeas el curriculum de la Facultad de Leyes incluía varios cursos de economía.

Siendo estudiante universitario, Marx entra en varias organizaciones estudiantiles; sus preferidas fueron *Die Freien* (los librepensadores) y el *Doktorclub* (el club de los doctorantes),

ambas de carácter liberal, ateo y anarquista. En esta ocasión Marx entra en amistad con personas de su misma categoría, es decir, con judíos recién salidos del ghetto y bautizados en la Iglesia protestante, no por convicción sino por conveniencia. En la mayoría de los casos se trata de hijos de rabinos, preocupados por los problemas religiosos, que discutían con fervor y fanatismo. Marx entra en la Universidad de Bonn en el mismo año en que aparece el blasfemo libro de David Friedrich Strauss (judío), *La vida de Jesús (Das Leben Jesu)*, es decir, en 1835. Poco después, en Berlín, Marx se hace amigo de David F. Strauss y queda impactado por el libro. Recordemos que la tesis principal de este libro es que Jesús de Nazaret fue solamente un revolucionario de su tiempo, un rebelde, quien llamó a los judíos a la resistencia contra el imperialismo de Roma y contra la explotación económica del injusto régimen capitalista. Al respecto David Strauss sólo ha hecho pública la antigua (formulada en el siglo primero) opinión del Talmud sobre Jesús de Nazaret (6).

El otro nuevo amigo de Marx es Ludwig Feuerbach, también socio de los *Freien* y del *Doktorklub*, mucho mayor que Marx, una gran autoridad entre los estudiantes judíos. Feuerbach, en este tiempo, preparaba su libro sobre la esencia del cristianismo (*Das Wesen des Christentums*), que publicó varios años después, pero sus ideas fueron discutidas en el *Doktorklub*. Feuerbach retomó la conocida tesis antibíblica según la cual el hombre no es creado por Dios a su imagen y semejanza, sino, al revés, Dios es la creatura de la imaginación humana. Feuerbach fue también uno de los más radicales materialistas de la época. Bajo la influencia de estos librepensadores. Marx se despoja de los restos

(6) En la cristología de Strauss lo impactante es el método, a saber, la distinción entre Cristo de la historia y Cristo de la fe. El primero es un revolucionario, el segundo es un mito, creado por los cristianos en el primer siglo. Este método es después desarrollado por la teología protestante, de la cual pasa a la teología católica, destruyendo la tradicional cristología cristiana. Marx, basándose en Strauss, preparó, en *Zur Judenfrage* (1843/4), las bases de la actual teología marxista de la liberación y de la revolución.

de su formación bíblica protestante judío-cristiana, transformándose en un campeón del materialismo y del ateísmo, lo que le lleva hasta a vincularse con el satanismo.

Este aspecto de su vida es el más importante y el menos aclarado hasta ahora (7). Sin embargo, lo que se sabe con seguridad es que Marx pasa en este tiempo por un profundísimo cambio interior, que se expresa ante todo en sus poesías y escritos literarios, y después en todo su pensamiento y en su conducta cínica, desordenada y rebelde. En este período de su vida, Marx se vincula también con varias asociaciones secretas y se puede suponer que, probablemente, alguna de ellas tuviera ca-

(7) Interesantes datos al respecto los proporciona el libro de Richard Wurmbrand, *¿Fue Karl Marx un satanista? (¿Was Karl a Satanist?)*, traducido del inglés a varios idiomas. El autor es un pastor protestante luterano, judío orgulloso de su raza y de su nacionalidad judía, pero un fervoroso y valiente cristiano. Fue misionero en Rumania, bajo el régimen comunista, arrestado por divulgar la fe cristiana, junto con su esposa e hijo, fue cruelmente torturado, pero pudo salir de Rumania gracias a la intervención de uno de los gobiernos europeos. Si se trata de sus opiniones sobre Karl Marx, es difícil aceptar su tesis de que Marx, en su niñez y primera juventud, fue un creyente cristiano. Al respecto dice Wurmbrand: «Dans sa prime jeunesse, Karl Marx était chrétien», página 9, y en otra parte dice: «Il ne faut pas oublier que Marx a été d'abord un chrétien convaincu», página 11 (estoy citando de la edición francesa de 1978). Pues bien, lo más probable es que fue lo contrario. El único argumento que tiene Wurmbrand en favor de su tesis es el texto de la composición de religión, escrita por Marx con ocasión del examen final en el colegio. Se trata del análisis del texto de San Juan, 15,1-14, sobre la parábola de Cristo: «Yo soy la vid y vosotros los sarmientos». El trabajo de Marx mereció elogios del profesor del ramo y con razón; pero todo buen alumno, creyente o ateo, podría haberlo escrito después de cinco años de estudios de religión cristiana. El trabajo de Marx solamente comprueba que tenía él un correcto conocimiento de la religión cristiana y del Nuevo Testamento, pero no dice nada de sus convicciones. Respecto a éstas, se puede suponer que en su niñez y juventud Marx fue, respecto de la religión, un desorientado, pues de niño, durante los primeros seis años, vivió en la religión judía, y no consta que antes del bautismo recibiera alguna instrucción cristiana. Al contrario, pues su madre seguía siendo una fervorosa judía y su padre un indiferente librepensador.

rácter satanista. Su satanismo no se limita a la práctica del culto satánico, del cual se dice que es un archipreste, sino que es una característica esencial de su personalidad. Parece que esta fue la principal preocupación y amargura de su padre (8).

A pesar de que formalmente Marx estudia leyes, su principal inquietud intelectual es la filosofía. Desgraciadamente, Marx no estudia en realidad la filosofía como tal, sino el corrupto pensamiento idealista de Hegel, deformado por Feuerbach. Filosofía, según Aristóteles, es la ciencia de la verdad. El pensamiento hegeliano rechaza este concepto de filosofía y prefiere hablar de la dialéctica de la Idea. Marx se entusiasma con la nebulosa dialéctica hegeliana, pero en el lugar de la Idea coloca la Materia. Marx rechaza ambos elementos del concepto aristotélico de la Filosofía, tanto a la ciencia como a la verdad, pues ambos son insoportables para Marx por su rigor, firmeza, seriedad, responsabilidad y honestidad intelectual que suponen. En lugar de la ciencia pone la dialéctica y en lugar de la verdad coloca la materia. Sin embargo, su dialéctica no es un método para la búsqueda de verdad, sino un arma intelectual para vencer al adversario y que puede servir, tanto para hacer triunfar la verdad como la mentira. Para Marx no existe la verdad en el sentido aristotélico, como algo acertado, seguro, firme, definitivo, incambiable. Marx sólo admite las verdades relativas, cambiables, las que dialécticamente se pueden identificar con mentiras. Su pretendido materialismo es sólo una postura (dialéctica), pues su satanismo lo desmiente. Más lo desmienten sus emociones: el odio, la envidia, la ira.

Fuera de la dialéctica lo que más impacta a Marx del pensamiento hegeliano es el concepto y el «culto» de la historia. Marx sigue con este «culto», pero lo «seculariza». Una vez destronizada la Idea, la que en el pensamiento hegeliano se identifica con el Absoluto (un eufemismo que reemplaza la palabra «Dios») y, colocada en su lugar la Materia, la Historia (hegeliana) pierde su «espíritu» (*Weltgeist-Weltseele*). La terminología

(8) Véanse las *Cartas* de Heinrich Marx a su hijo Karl.

hegeliana, que sugiere la identificación de la Historia con el Mundo, animando al Mundo y mundanizando a la Historia, que parece ser un «ente» en permanente desarrollo dialéctico (tesis-antítesis-síntesis, la que, a su vez, es tesis, etc.) pasa a la terminología marxista pero perdiendo su dinámica, por la eliminación del «espíritu» que —en Hegel— es inmanente al Mundo-Historia. En vano Marx pretende dinamizar la Materia atribuyéndole una dinámica dialéctica, hablando de «leyes» intrínsecas. La terminología hegeliana —*Weltgeist*, *Weltseele*, *Weltgeschichte*, *Weltbeherrschung*, *Weltwirtschaft*, *Weltentwicklung*, *Weltablauf*, *Weltphilosophie*, etc.—, sólo verbalmente justifica la *Weltrevolution* de Marx.

Si tomamos como seguro que el materialismo de Marx es sólo un materialismo de fachada, es decir, una máscara, pero que, en realidad, Marx, siendo satanista, es un hombre creyente en Dios, todo está claro y lógico: su revolución, siendo una rebelión permanente contra Dios y el Orden Natural, con razón toma dimensiones mundiales y universales, mereciendo el nombre de *Weltrevolution*.

Al final de los seis años de estudios universitarios, Marx prepara su memoria para el doctorado en filosofía. Su inquietud intelectual y emocional busca afanosamente, en la antigua filosofía griega, argumentos y razones en favor de su postura materialista. Parece que en vano recurre al atomismo de Demócrito y a la dialéctica de los sofismas, pues su materialismo es nuevamente desmentido por la colocación, como lema de su trabajo, de la famosa frase de Prometeo: «odio a todos los dioses»; una frase que suena a mentira en los labios de un materialista.

Marx envía por correo su memoria a la Universidad de Jena y, a vuelta de correo, recibe el diploma que lo acredita como «doctor en filosofía». Desde entonces empieza una nueva etapa en su vida, la del doctor Marx.

4. La vida del doctor Marx.

Parece que Marx quería conseguir el doctorado en filosofía por razones prácticas, pues deseaba dedicarse a la enseñanza universitaria. Hubo un momento en que sus amigos, Feuerbach y Bruno Bauer, ambos profesores universitarios, le ofrecieron apoyo y ayuda para conseguir una cátedra. Desgraciadamente para Marx, ambos perdieron sus cátedras y tuvieron que retirarse de la actividad académica (9). Marx se da cuenta de que no tiene posibilidad de hacer carrera académica y, entonces, se dedica al periodismo.

Precisamente en este momento, un grupo de grandes capitalistas judíos liberales, recién bautizados en la Iglesia protestante, partidarios de las corrientes socialistas y comunistas (10), tienen la iniciativa de fundar un nuevo diario para divulgar las ideas

(9) Para Feuerbach la pérdida de la cátedra no fue ningún problema, pues se casó con una viuda millonaria, la propietaria de una gran fábrica de porcelana. Sin embargo, al final de su vida, Feuerbach se encontró en una situación económica más modesta, pues la empresa de su esposa quebró.

Bruno Bauer perdió su cátedra de profesor de teología protestante, de Sagrada Escritura, debido a los ataques de furia y epilepsia (?), insostenibles para los estudiantes, que le venían cuando, al hablar de Cristo, blasfemaba (¿sería tal vez endemoniado?).

(10) «Schliesslich Dagobert Oppenheim, finanziell der angesehenste von allen, als jüngerer Bruder Mitinhaber des berühmten Kölner Bankhauses Salomon Oppenheim jun. & Cie. Die beiden älteren Brüder, Simon und Abraham, waren gerade dabei, die schon im 18. Jahrhundert bestehende Firma aus dem Stadium der «Hoffaktoren» herauszuführen, der jüdischen Finanzberater der vielen deutschen Fürsten, und sie in eine Grossbank modernen Stils umzuwandeln. Der jüngere Bruder studierte Philosophie und Jurisprudenz, liess sich, als er seinen Assessor zu machen hatte, taufen und nahm statt David den etwas romantisch klingenden Vornamen Dagobert an, wie der letzte Frankenkönig der Volkssage geheissen hatte. Er ging als Assessor in den Staatsdienst, war aber beim Studium in Berlin den Junghegelianern nahe gekommen und politisch interessiert worden». Richard Friedenthal, *Karl Marx, Sein Leben und seine Zeit*, München, 1981, pág. 147.

revolucionarias. Así nace el primer diario comunista alemán (11). Se barajan muchos nombres para el puesto de director, y, entre ellos, la mayor posibilidad de ser nombrado la tenía Moisés Hess, llamado «den Kommunisten-Rabbi» (el rabino comunista). Sin embargo, finalmente, se escogió a Karl Marx, pues fue conocido como un fanático revolucionario (*ein ganz verzweifeltten Revolutionär*). Así, el doctor Marx recibe por primera y última vez, y sólo por pocos meses, un trabajo bien remunerado. Lo significativo es que el primer diario comunista alemán es fundado por capitalistas judíos, y que la primera actividad comunista revolucionaria de Marx es financiada por el gran capital internacional. Desde este momento, Marx, durante toda su vida —como también otros destacados comunistas— será financiado por los capitalistas. Así, desde un principio, el capitalismo judío organiza y financia el movimiento comunista-marxista y lo sigue haciendo hasta hoy.

Sin embargo, esta actividad duró sólo cinco meses, desde el 15 de octubre de 1841 hasta el 18 de marzo de 1842. ¿Por qué tan corto tiempo? Porque Marx fue incapaz de trabajar, esto es, de desarrollar una actividad ordenada y responsable por la cual se pueda recibir una remuneración. Sencillamente, como todos los revolucionarios, fue alérgico al trabajo, incluso al trabajo revolucionario-comunista, es decir, a una actividad que debería haber sido de su gusto, pues no se le exigía nada que no estuviera de acuerdo con sus ideas; estos grandes capitalitas judíos quisieron proporcionarle las mejores condiciones para que llevase a cabo sus propósitos revolucionarios, sin embargo, Marx no fue capaz de soportar ningún trabajo, ni siquiera el de periodista-comunista.

Marx prefiere otra solución para sus problemas: casarse con una joven adinerada, que le pueda asegurar una vida ociosa de «revolucionario profesional». Afortunadamente para Marx, ha-

(11) «Hier in Köln also trat eine Gruppe liberaler Kapitalisten zusammen und finanzierte die «erste deutsche kommunistische Zeitung». *Ibid.*, pág. 148.

bía una dama, con gran fortuna, desesperadamente enamorada de él y que lo esperaba impacientemente desde hacía muchos años. Lo único que impedía el matrimonio entre ellos era la negativa del padre de la joven, pero, felizmente para Marx, este obstáculo desaparece con la muerte de aquél, quien, al morir, deja su enorme fortuna a su hija única. Marx se presenta de inmediato y la baronesa Jenny Westphalen, hija del gran aristócrata y capitalista, descendiente de la más alta aristocracia escocesa se convierte en su esposa, en una ceremonia religiosa protestante, en el templo Pauluskirche, de Kreuznach, el 19 de junio de 1843 (12). Los «jóvenes» (Jenny, después de esperar pacientemente durante siete años, llegó como novia a la edad de treinta años, siendo cuatro años mayor que Marx), después de una larga luna de miel pasada en varias localidades agradables, se instalan en París, donde todo andaba muy bien, pues Marx recibió, como dote, un respetable cofre lleno de monedas de oro, que ni siquiera contó.

En París, Marx, con su esposa la baronesa, empieza una gran vida. La pareja se instala en un confortable apartamento, donde reciben una enormidad de gente con comidas y banquetes. Los invitados son seleccionados entre los famosos escritores socialistas y comunistas; sin embargo, Marx se esforzaba por extender su red también a los peces gordos de otros colores, invitando a personajes como Lamennais (quien rehusó esta invitación).

En París, Marx tiene la iniciativa de publicar su propia revista, «Anales franco-alemanes» (*Deutsch-französische Jahrbücher*), con la finalidad de vincular su revolución con los movimientos socialistas y comunistas franceses, pues quería servirse de ellos. Hay que tener presente que Marx, antes de llegar a París, ya

(12) En esta fecha está de acuerdo la mayoría de los biógrafos de Marx, entre ellos R. Friedenthal, *op. cit.*, pág. 179; Fritz Raddatz, *Karl Marx, une biographie politique*, ed. francesa, París, 1975, pág. 45; Maximilien Rubel, *Crónica de Marx*, ed. castellana, Barcelona, 1972, pág. 20. Sin embargo, otros autores insisten en la fecha del 12 de junio, como Werner Blumenberg, *Karl Marx*, Hamburg, ed. de 1972, pág. 162.

se había entregado por completo a la tarea de hacer su revolución: una revolución que tiene por finalidad la destrucción completa y radical de la sociedad.

¿Cuándo y cómo llegó Marx a plantear la necesidad de una revolución tan radical? Para recordar esto hay que dar un paso atrás, volviendo a los años de estudios de Marx, durante los cuales, en largas reuniones, discutía con sus amigos el problema de la «cuestión judía».

Estas interminables polémicas y discusiones terminan con la publicación de dos pequeñas obras. La primera es de Bruno Bauer, quien, en dos artículos, publicados en la revista suiza *Einundzwanzig Bogen*, uno con el título «Die Judenfrage» (La cuestión judía) y el otro con el título «Die Fähigkeit der heutigen Juden und Christen, frei zu werden» (La capacidad de los judíos y de los cristianos para liberarse), sostuvo la tesis de que la causa principal del antisemitismo es la religión; por una parte, la religión judía hace a los judíos distintos de los otros pueblos y, por otra parte, las otras religiones, especialmente la cristiana, modelan la personalidad de sus creyentes. Entonces —dice Bruno Bauer—, para solucionar la «cuestión judía» hay que destruir la religión, pues sólo en una sociedad laica los judíos podrán vivir tranquilos y completamente integrados.

Marx contesta a Bruno Bauer con violencia en su obra *Zur Judenfrage (Sobre la cuestión judía)* (13), sosteniendo que, para solucionar la cuestión judía, no basta destruir la religión, porque la religión es solamente una parte de la cultura, y la cultura es determinada por el régimen económico; entonces, para destruir la religión es menester destruir el régimen económico, lo que se puede hacer sólo por la revolución violenta y radical. Así, Marx, plantea la necesidad de la revolución mundial (marxista), *die Weltrevolution*, para destruir la religión y, de esta manera, solucionar, de una vez para siempre, la cuestión judía.

Sin embargo, Marx se da cuenta de que no hay ninguna po-

(13). En su contestación Marx se refiere a «la cuestión judía» como tal y, al mismo tiempo, al artículo de Bruno Bauer, «La cuestión judía».

sibilidad de hacer la revolución invocando, como su fin y su justificación, la cuestión judía. Al contrario, esta finalidad principal debe quedar oculta y sólo se puede invocar la «cuestión social», lo que permite servirse de los movimientos revolucionarios ya existentes. Es por esta razón por la que se instala en París, pues está interesado en conocer bien estos movimientos revolucionarios, sus doctrinas, sus programas y sus jefes para ponerlos al servicio de su revolución.

Entonces, la proyectada revista «Anales franco-alemanes» tiene una finalidad concreta: vincular los movimientos revolucionarios franceses con la revolución marxista y ponerlos al servicio de esta revolución para solucionar la cuestión judía.

Sin embargo, se puede sospechar que la «cuestión judía» es, para Marx, sólo la ocasión en la cual madura su pensamiento «comunista» y su aversión a la religión como tal, y también su afán de destrucción de la sociedad existente, para poder colocar en su lugar su «comunismo», en el cual está soñando desde hace algunos años.

Este comunismo de Marx es, al principio, puramente abstracto, filosófico, «dialéctico», pues viene como consecuencia de su neo-hegelianismo y dentro del contexto de la visión hegeliana de la historia. La tríada: tesis, antítesis, síntesis, es aplicada a la visión materialista de la historia como las épocas precapitalista, capitalista y comunista, que se suceden con fatalidad. Se trata, pues, de un comunismo que todavía no tiene nada que ver ni con la «cuestión judía» ni con la «cuestión social».

Al respecto es muy aclaratorio la afirmación de Engels de que el comunismo de Marx viene como consecuencia *necesaria* de la filosofía neo-hegeliana (14). Al respecto es todavía más elocuente lo que escribe el rabino Moisés Hess a su amigo Berthold Auerbach: «El Dr. Marx, así se llama mi ídolo, todavía muy joven, apenas de unos 24 años, es quien dará el último

(14) «Communism, however, was such a *necessary* (subrayado en el original) consequence of New Hegelian philosophy, that no opposition could keep it down...», en la revista *The New Moral World*, citado por Blumenberg, *op. cit.*, pág. 52.

golpe a la religión y la política medioevales; él vincula el sarcasmo con la filosofía profunda; imagina tú a Rousseau, Voltaire, Holbach, Lessing, Heine y Hegel unidos en una sola persona, y digno unidos y no mezclados, y ahí tienes al Dr. Marx» (15).

Sin embargo, respecto al proyecto de su revista, Marx fracasó, pues no logró conseguir ninguna colaboración de parte de los socialistas y comunistas franceses, ni de otras personas en Francia. Los «Anales franco-alemanes» resultaron ser solamente... judíos, pues, fuera de algunas palabras de presentación, escritas por Arnold Ruge y un corto poema de Herwegh, sólo encontramos contribuciones de Engels, Marx, Heine y Moisés Hess, todos judíos alemanes. Los invitados especialmente a colaborar: Lamartine, Lamennais, Louis Blanc, Pierre Leroux y P. J. Proudhon se excusaron; la «mano tendida» de Marx se quedó en el aire y de los «Anales» apareció sólo un número doble.

Sin embargo, Marx no se desanima y busca otras posibilidades para penetrar dentro de las corrientes socialistas y comunistas europeas y, ante todo, en el ambiente obrero. Con este propósito se acerca a las organizaciones obreras, empezando por las agrupaciones de los emigrantes alemanes que vivían en París. En realidad, estos obreros «alemanes» no son ni obreros ni alemanes, pues se trata exclusivamente de artesanos (en su mayoría son sastres) judíos, emigrados de Alemania. La organización más importante de ellos se llama «Liga de los Justos» (*Bund der Gerechten*), que provino de una organización anterior llamada «Liga de los Proscritos» (*Bund der Geächteten*). Engels los describe con desprecio: «De un lado, el explotador de estos artesanos es un pequeño maestro y, de otro lado, ellos añoran lle-

(15) «Dr. Marx, so heisst mein Abgott, ist noch ein ganz junger Mann, etwa 24 Jahre höchstens alt, der der mittelalterlichen Religion und Politik den letzten Stoss versetzen wird; er verbindet mit dem tiefsten philosophischen Ernst den schneidendsten Witz; denke Dir Rousseau, Voltaire, Holbach, Lessing, Heine und Hegel in einer Person vereinigt, ich sage vereinigt, nicht zusammengeschmissenso hast Du Dr. Marx», Blumenberg, *op. cit.*, pág. 45.

gar a ser maestros» (16). En realidad, sólo algunos de los miembros de la liga eran artesanos, mientras los demás pertenecían a la burguesía, es decir, a la gente que, como Marx y Engels, no tenían nada de trabajadores de ninguna clase, salvo el caso de ser explotadores y opresores de ellos, como fue el caso de Engels y otros. Los «Justos» reclamaban ser continuadores de los «babuvistas» (seguidores de Babeuf), es decir, de los comunistas revolucionarios, pero, en realidad, eran ingenuos (por no decir imbéciles) utopistas, lo que se ve en el primer programa, publicado como folleto con el título «La Humanidad como es y como debería ser», donde se lee: «Queremos ser libres como los pájaros del cielo y atravesar la existencia como ellos: volando con alegría y en una dulce armonía» (17).

En un grupo de gente tan ingenua Marx se impuso con facilidad como líder y, rápidamente transformó la «Liga de los Justos», primero, en la «Liga comunista» y, después, en el «Partido Comunista», en el cual, al principio, hubo solamente 17 miembros y, entre ellos, sólo tres «obreros», es decir, artesanos, todos judíos-alemanes. No hay, pues, nada de extraño en que ellos «pidan» a Marx y a Engels redactar el *Manifiesto comunista*. Así, los judíos «burgueses», capitalistas, varios de ellos millonarios, como Engels (18), hablan en nombre del proletariado.

(16) «Einerseits war der Ausbeuter dieser Handwerker ein kleine Meister, andrerseits hoffen sie alle schliesslich selbst kleine Meister zu werden», F. Engels, *Zur Geschichte des Bundes der Kommunisten* (1885), en *Marx-Engels Studienausgabe*, III, I, pág. 17, ed. Fischer Bücherei, 1970.

(17) «Nous voulons être libres comme les oiseaux du ciel, et traverser l'existence comme eux, à joyeux coups d'ailes et dans une douce harmonie», citado por F. Raddatz, *op. cit.*, pág. 90.

(18) Friedrich Engels fue hijo de un alemán protestante, un hombre bondadoso y muy piadoso, un rico copropietario de grandes fábricas textiles en Alemania y en Inglaterra; su fortuna tenía que ser muy significativa, pues Friedrich Engels, siendo solamente un empleado de ellas, recibía un extraordinario sueldo anual (por el año 1850) de 20.000 libras de hoy, lo que corresponde a 50.000 dólares, es decir, a más de 4.000 dólares mensuales. Véase: David McLellan, *Engels*, Ed. Fontana, 1977, página 20.

Marx, ayudado por Engels, lo hace rápidamente, plagiando el conocido *Manifiesto democrático*, de Víctor Considerant, publicado en el año 1843 (19). Sin embargo, hay una gran diferencia entre estos dos manifiestos, pues el de Víctor Considerant, a pesar de que contiene algunas frases demagógicas, no es libro de odio y de violencia, mientras que el manifiesto de Karl Marx está tan profundamente penetrado por el odio que merece el nombre de «Manifiesto del odio».

El programa presentado por el *Manifiesto comunista*, de Marx (que primeramente, antes de su publicación, llevaba el título de *Catecismo comunista*) se reduce a dos puntos básicos: a saber: primero, la proletarización de toda la clase obrera e, incluso, de toda la sociedad, por la supresión de la propiedad privada; segundo, la revolución violenta (con el terror) y destructora. Marx necesitaba lo primero (la proletarización) para poder realizar lo segundo (la revolución). ¿Qué finalidad tenía su revolución? Ya lo hemos visto: liberar al hombre de la religión, es decir, la completa secularización de la sociedad.

En el plano social, el *Manifiesto comunista*, publicado en 1848, propone un programa completamente opuesto al programa de la doctrina social de la Iglesia, también propuesto en el mismo año 1848, en distintos documentos y casi simultáneamente en distintos países (20). Es el primer enfrentamiento directo entre la posición cristiana y la posición marxista; las dos posiciones completamente opuestas y absolutamente irreductibles, pues la cristiana aboga por la desproletarización de la clase obrera, mientras que la marxista, al contrario, exige la completa proletarización de la clase obrera y de toda la sociedad; la doctrina

(19) Sobre este plagio véase el estudio de Tcherkezov, *Un plagiat très scientifique. A propos de deux manifestes*, publicado en la revista francesa «Les temps nouveaux», número de mayo-junio de 1900, y reproducido parcialmente en la revista francesa «Le Contrat Social», número de julio de 1957, editada por el Institut d'Histoire Sociale, París.

(20) Véase, M. Poradowski, «El enfrentamiento entre la doctrina social de la Iglesia y el marxismo», en *Verbo*, núm. 214-215 y, también, «El tomismo en las encíclicas sociales», en *Verbo*, núm. 203-204.

social de la Iglesia desea que todos sean propietarios y el marxismo que todos sean proletarios.

Marx necesitaba el proletariado para poder hacer su revolución. La Iglesia desea que todos sean propietarios para que no haya revoluciones, para que los hombres vivan libres, independientes económicamente y para que haya paz, tranquilidad y amor en la convivencia social.

En la vida de Marx, el año 1848 no es solamente el año del *Manifiesto comunista*, pues es también el año de una excepcional actividad revolucionaria y subversiva. Parece que Marx estaba profundamente convencido de que su revolución tendría pleno éxito en el mismo año 1848 (21), al menos en Alemania, de donde después podría ser extendida a todo el mundo, pues su revolución, desde el principio, es concebida como revolución mundial, *die Weltrevolution*.

Hipnotizado por el «modelo» de la Revolución francesa de los años 1789-1799 (22), a la cual miraba no con los ojos del historiador (¡al diablo con los hechos!), sino con los ojos del doctrinario, que toma, como verdad absoluta, una visión de la Revolución francesa literario-ideológica, representada en los escritos de los blanquistas, quería copiarlo exactamente en un ambiente social-económico-político completamente distinto. La Alemania de 1848 no era ni siquiera parecida a la Francia de 1789. Marx, como siempre, vivía en un mundo irreal, abstracto, desvinculado de la realidad y por eso su actividad revolucionaria de los años 1848-49 fue un fracaso.

En marzo de 1848 la revolución comunista triunfa en París y los amigos de Marx llegan al poder. El gobierno provisorio invita a Marx a volver a Francia, justo en el momento en que el gobierno de Bélgica lo expulsa. Marx vuelve a París, donde permanece un mes, pues ya el 10 de abril se instala en Colonia

(21) Lo cual consta en sus cartas, especialmente en las escritas a su esposa, en las cuales expresa su seguridad de que con el triunfo de su revolución se solucionarían todos sus problemas financieros.

(22) Véase, al respecto, el detallado estudio histórico de Françoise P. Lévy, *Karl Marx, histoire d'un bourgeois allemand*, Grasset, 1976.

para fundar un nuevo diario de lucha por el triunfo de la revolución en Alemania. El financiamiento está asegurado por los banqueros judíos y el *Neue Rheinische Zeitung* aparece desde el 31 de mayo (1848) y va a seguir hasta el 18 de mayo del año siguiente. Su diario comunista, revolucionario y subversivo sale con el subtítulo de «órgano de la democracia» (23).

Su diario es un instrumento de lucha revolucionaria. Marx con sus artículos, pretende influir sobre el desarrollo de la revolución. Sin embargo, la revolución fracasa y Marx es de nuevo expulsado de Alemania (16 de mayo de 1849) y se dirige otra vez a París, de donde, debido al cambio ocurrido de la situación política, es también inmediatamente expulsado a Inglaterra, donde se instala, para siempre, el 24 de agosto. Ahora, desde Londres, pretende dirigir las actividades subversivas en el Continente europeo, sirviéndose de la red de su organización revolucionaria, la «Liga de los comunistas», la cual pronto se transforma en el «Partido Comunista». Bajo la influencia de los blanquistas y aprovechando sus experiencias adquiridas durante la fracasada revolución de 1848-49, elabora, junto con otros revolucionarios, la doctrina sobre la «revolución permanente».

Durante los primeros años de vida en Londres, Marx se encuentra, de vez en cuando, en dificultades financieras, no por falta de dinero, sino por falta de economía en sus gastos. A pesar de que recibe frecuentemente por herencia grandes fortunas, también con frecuencia está en aprietos financieros, pues las gasta derrochando el dinero en borracheras, comilonas (causa de sus frecuentes forúnculos), banquetes y bailes (a veces para más de 50 personas), viajes (siempre alojando en los más lujosos y caros hoteles), etc. Durante los primeros cinco años vive con su familia en un modesto apartamento en Soho (el centro de Londres), en Dean Street 64; desde octubre de 1857 vive en una

(23) No hay en eso hipocresía, pues, según la doctrina revolucionaria de los blanquistas, completamente asimilada por Marx, la «democracia» es una etapa previa y necesaria para llegar al comunismo, lo que explica que los comunistas, en los países todavía no dominados por ellos, están siempre sinceramente en favor de la democracia.

confortable casa en Grafton Terrace 9, la que cambia en 1864 por la lujosa mansión *Villa Modena*, donde vive hasta su muerte, acontecida en 1883. Desde 1868, Engels, quien antes siempre le ayudaba muy generosamente, empieza a pagarle regularmente una renta anual de 350 libras (es decir, mucho más de lo que ganaba en este tiempo su amigo el director de un banco en Londres, el cual recibía sólo 300 libras), lo que corresponde actualmente a unos 15 mil dólares.

Viviendo en Londres, Marx se dedica a los estudios, principalmente económicos, «devorando» libros en la biblioteca del British Museum, donde fue tratado con una especial deferencia.

Marx se da cuenta de que no basta hacer llamadas emocionales para movilizar a la gente en favor de su revolución comunista. Quiere entonces presentar una teoría de la explotación en una forma atrayente y convincente; de ahí su proyecto de escribir una obra imponente (también por sus dimensiones) de economía. Prepara un proyecto de estudio en 6 volúmenes. El primer volumen sería dedicado al tema «el capital». Este proyecto fue realizado sólo parcialmente y en otra forma, pues terminó con la elaboración sólo del tema «el capital», pero en cuatro volúmenes, de los cuales sólo el primer volumen fue escrito completamente por Marx y publicado antes de su muerte, mientras que los siguientes, el segundo y el tercero, los elaboró y publicó Engels, aprovechando el material reunido por Marx, y el cuarto volumen aparece sólo con ocasión del centenario de la publicación del primero, el año 1967, como obra colectiva de varios autores, pero también en base al material preparado por Marx,

«El capital», llamado la «biblia marxista», costó bastante esfuerzo, pues Marx trabajó en el primer volumen durante casi veinte años (con lo cual quedó tan agotado y aburrido, que después descansó durante 16 años, esto es, hasta su muerte). F. Engels, con varios colaboradores, entre ellos la hija de Marx, Eleonora, Karl Kautsky y su ex-esposa Luisa Kautsky de Freyberger, trabajaron durante 12 años en la preparación de los volúmenes segundo y tercero, y el equipo de estudiosos marxistas trabajó

en la preparación del volumen cuarto al menos 32 años (contando desde la fecha de la muerte de Engels hasta su publicación).

La montaña parió una lauchita: para la economía, como ciencia, es un aporte nulo; muy pocos leyeron el primer volumen, y casi nadie ha leído los cuatro. En una ocasión, Fidel Castro confesó públicamente que sólo alcanzó a leer las primeras 17 páginas del primer volumen y que no pudo aguantar más. Eden Pastora declaró sinceramente, en una conferencia de prensa, que no ha leído nada de Marx; sin embargo, afirma, con todos los marxistas, que «sabe» que en *El Capital* Marx demostró científicamente el carácter esencialmente explotador del capitalismo. Parece, pues, que esta vez Marx no fracasó, ya que —a pesar de que casi nadie lee *El Capital*— todos sus partidarios aceptan, con ojos cerrados, su teoría de la explotación, y así el veneno de *El Capital* sigue despertando en las masas el odio, que es el motor de la revolución marxista.

Marx, desanimado por las fuertes críticas que recibió su primer volumen de *El Capital*, deja de trabajar sobre los volúmenes siguientes y sólo, de vez en cuando, escribe algunos artículos. En los últimos 16 años de su vida sólo viaja por distintos países, pasando largas temporadas en las termas.

La revolución fue su obsesión permanente. Después del fracaso de los años 1848-49, Marx sigue conspirando. El «partido comunista», bajo su dirección, se transforma en la Internacional. Marx siempre demostraba un carácter autoritario y dictatorial, aceptando sólo la colaboración de los que se le subordinaban por completo. Hablaba de la «dictadura del proletariado», pero, en realidad, dentro de la Internacional, él mismo quería ser siempre un dictador indiscutible. En esta situación, la Internacional fue no tanto «comunista» como «marxista», entendiéndose por «marxista» la dictadura personal de Marx. Desde el momento en que no pudo ya mantenerse como único e indiscutible líder de la Internacional, prefiere disolverla.

5. La vida familiar de Karl Marx.

Marx empieza su vida familiar en París en 1844, rue Vaneau, en un barrio elegante y «burgués». Apenas casado, hace una experiencia de vida «comunista», llevando su casa como un albergue para todos sus amigos, viviendo con ellos y formando una comunidad. La experiencia pronto fracasó. Cuando nace su primer hijo, la niña Jenny, empieza una vida familiar típicamente «burguesa». Con los años vienen otros niños, en total seis. Sin embargo, sólo la mitad de ellos sobrevive, pues los otros mueren rápidamente. El primer hijo varón, Edgar, no llega a los 8 años, muriendo de tuberculosis de intestinos. Otro hijo varón, Guido, vive sólo pocas semanas. La tercera hija, Franziska, vive sólo algunos meses. Le quedan tres hijas: Jenny, la mayor y la preferida, lo acompaña casi toda su vida, pues muere poco más de un mes antes que Marx. Laura y Eleonor lo sobreviven, pero terminan trágicamente, suicidándose junto con sus maridos (el de Eleonor se salvó). La convivencia matrimonial de los esposos Marx parece que no fue muy feliz, como consta en algunas cartas (24).

En la vida familiar Marx es no menos dictatorial que en la vida política. Es un típico padre de familia y marido «burgués»; lo que él mismo ataca, desprecia y denuncia, respecto a la vida familiar y matrimonial, llamándolo «burgués», en el *Manifiesto comunista*, lo practica, pues es un tirano. A su esposa la trata muy duramente; a las hijas no les permite escoger libremente a sus futuros esposos, es él quien los escoge y según sus propios criterios (exige que tengan fortunas). Tampoco asegura a sus hijas una adecuada educación. En la casa es la primera persona a la cual todos tienen que servir, para la cual todos tienen que

(24) En una carta a Engels, Marx escribe: «Mi mujer me dice que desearía encontrarse en la tumba, junto con sus hijos...», citado por Rubel, *op. cit.*, pág. 87. En otra ocasión escribe a Engels, «No hay mayor estupidez... que casarse...», *ibid.*, pág. 67. En varias ocasiones su esposa abandona la casa, huyendo a casa de Engels.

sacrificarse. Tiene costumbres típicamente «burguesas»: de su esposa exige que en las invitaciones impresas (para los banquetes en casa, a veces de 50 personas), ponga su título de baronesa; comía sólo en platos de plata (salvo cuando los empeñaba), heredados por su esposa de la antigua aristocracia escocesa de la cual fue descendiente; consumía una enormidad de bebidas alcohólicas, ante todo de Oporto, importado de Portugal, que Engels le regalaba por cajones. Carecía de sentimientos familiares y humanitarios: no asistió a los funerales ni de su padre, ni de su madre, ni de su esposa, ni de sus hijos, ni de sus parientes o amigos; molesto por esperar la herencia de su madre, se quejaba cínicamente de que ella siguiera viviendo (como consta en sus cartas).

Los que le conocían más de cerca tenían de él opiniones muy desfavorables. Mazzini escribe: «... es un espíritu destructor; su corazón está lleno no tanto de amor al prójimo como de odio; ... es extraordinariamente maligno, astuto y disimulado. Es celoso de su autoridad de jefe del partido; vindicativo y sin piedad frente a sus rivales y sus enemigos, a los cuales no cesa de combatir hasta que los destruye. Su característica principal es la ambición y la necesidad de dominio sin límites. A pesar de que la igualdad comunista figura en su lema, es un monarca absoluto de su partido» (25).

Marx fue, ante todo, un egoísta y un egotista, lo que le reprochaba su padre (26).

Su colaborador y secretario en la redacción de *Rheinische Zeitung*, Karl Heinzen, nos dejó el siguiente retrato de Marx: «Era pequeño y enclenque, de pelo negro como el carbón y tez amarillenta. La frente muy alta y las orejas salientes. En sus ojos pequeños, oscuros y miopes brillaba una llama de inteligencia y malicia. Cuando leía, tenía que acercar mucho el papel

(25) Según Werner Sombart, *Der Proletarische Sozialismus*, vol. I, pág. 63, en la ed. de 1926, citado por Raddatz, *op. cit.*, pág. 84.

(26) «... dass Du nicht frei von Egoismus bist...», citado por Blumenberg, *op. cit.*, pág. 29.

a los ojos... Poseía una inteligencia asombrosamente aguda, pero también era un intrigante y mentiroso..., sólo deseaba explotar a los demás; le movía más la envidia a los otros que su propia ambición» (27).

Arnold Ruge, colaborador de «Marx en los *Anales Franco-Alemanes*, así lo describe: «Marx se dice comunista, pero es un egoísta fanático. Me persigue como "librero" y "burgués"... estamos a punto de convertirnos en enemigos mortales y, yo, por mi parte, no conozco otra causa más que el odio que me tiene, realmente del peor gusto. Parecía desear la destrucción de todo recuerdo sobre nuestra relación pasada, por crearle dificultades la interrupción de mi ayuda, viendo que estaba equivocado respecto a mi situación financiera. Para todo esto no conozco más causa que el odio y la locura de mi adversario. Mostrando sus dientes y sonriendo sarcásticamente, Marx destrozará a todo aquel que le cierre el paso» (28).

Karl Schurz, a quien tocó colaborar con Marx en el movimiento revolucionario alemán del año 1848, hace recuerdos de Marx: «Nunca he conocido a un hombre con arrogancia más ofensiva e insoportable. A ninguna opinión que discrepase de la suya concedía el honor de una consideración ni siquiera medianamente respetuosa. Todo aquel que se hallaba en desacuerdo con él era tratado con poco velado desprecio. Respondía a todos los razonamientos que le desagradaban con un desdén mordaz, aludiendo a la ignorancia de quienes los exponían, o con un análisis difamatorio de sus móviles. Todavía recuerdo el tono incisivo y despreciativo con que pronunciaba, casi podría decir que "escupía", la palabra "burgués"...» (29).

Willich, miembro de la Liga Comunista, así lo recuerda: «Primero bebimos oporto, luego un clarete, que es burdeos rojo,

(27) Karl Heinzen, *Erlebtes*, vol. II, pág. 423, 1864, citado por Julien D'Arleville, *Marx, ese desconocido*, ed. española, 1972, pág. 119.

(28) Arnold Ruge, *Briefwechsel uns Tagebuchblätter*, pág. 380, citado por D'Arleville, *op. cit.*, pág. 119.

(29) K. Schurz, *Lebenserinnerungen*, pág. 143, citado por D'Arleville, *op. cit.*, pág. 121.

después champagne. A continuación del clarete Marx se hallaba completamente borracho. Esto es lo que yo buscaba exactamente, porque así se volvería más franco de lo que seguramente hubiera sido en otro caso. Y así descubrí la verdad, que de otro modo habría quedado en meras suposiciones. Pero, a pesar de su borrachera, él dominó la conversación hasta el último momento. La impresión que me causó fue la de una persona dotada de una extraña personalidad muy peculiar. Si su corazón lo hubiera tenido a la misma altura que su inteligencia, y si hubiese poseído tanto amor como tenía odio, yo habría desafiado el fuego por él; incluso, a pesar de que al final me expresó el franco y absoluto desprecio que le merezco, insinuado antes incidentalmente. Marx era el único y el primero entre nosotros a quien yo confiaría la jefatura, porque es un hombre que nunca se pierde en cuestiones mínimas y sólo se ocupa de asuntos trascendentes.

Sin embargo, es cosa lamentable, dados nuestros objetivos, que este hombre, con su claro intelecto, carezca en absoluto de nobleza de alma. Estoy convencido de que todo cuanto de bueno pudiera existir en él lo ha devorado una ambición personal peligrosísima» (30).

6. El enigma de Marx y de su marxismo.

Hay obras literarias, científicas o filosóficas que pueden ser leídas, estudiadas y comprendidas, a pesar de que el lector no sepa nada, o muy poco, sobre el autor de ellas. Sin embargo, hay otras que, para ser entendidas, exigen del lector que sepa de antemano algo sobre el autor, pues en ellas se plasma y refleja su personalidad y su vida. Este es el caso de los escritos y, ante todo, de lo que se suele llamar el «marxismo» de Marx.

En esta nota biográfica de Karl Marx ha habido que destacar algunos rasgos esenciales de su carácter, de su personalidad, de

(30) Karl Vogt, *Prozess gegen die Allgemeine Zeitung*, 1859, pág. 142, citado por J. D'Arleville, «Marx», *op. cit.*, pág. 122.

su vida y de su actividad, recordando ante todo lo que es indispensable para la comprensión de su pensamiento, de su «praxis» revolucionaria y de su marxismo. El marxismo de Marx —a diferencia de los otros «marxismos», de los marxistas moderados (socialistas) y radicales (comunistas)— no es solamente el pensamiento, la praxis y la revolución, sino, ante todo, la proyección de su personalidad.

Algunos pretenden presentar a Marx como filósofo (y todavía como un gran filósofo). Vanos esfuerzos, pues Marx, como ya lo hemos visto, odiaba la filosofía y la despreciaba y no pudo soportarla, tal vez por dos razones. En primer lugar, porque una verdadera y auténtica filosofía exige de la persona que quiere dedicarse a ella, una excepcional honestidad intelectual y, en segundo lugar, perseverancia y paciencia, para poder pensar metódicamente, en forma ordenada, clara y «fría», es decir, sin influencias de las emociones. No en vano Aristóteles define la filosofía como «ciencia de la verdad». El concepto de «ciencia» incluye el método riguroso y eficaz; adecuado al objeto estudiado, y también incluye orden y disciplina. El concepto de verdad supone que el investigador-pensador está convencido de la existencia de una realidad objetiva, existente independientemente del sujeto cognoscente. Nada de eso admite Marx. Marx no soporta ningún orden, ninguna disciplina, ninguna verdad, ningún método. Marx piensa lo que se le antoja y como se le antoja, sin ninguna preocupación por la verdad-realidad objetiva, pues la rechaza de antemano. Marx no es un filósofo y no se dedica a la filosofía y no le preocupa la honestidad intelectual. Con cinismo llama a la filosofía «el onanismo mental» (31) y al filósofo «el hombre alienado» (32). Sin embargo, como Marx nunca fue consecuente con sus propias afirmaciones, poco des-

(31) Marx, Engels (Hess), *L'Idéologie Allemande*, Ed. Sociales, París, 1968, pág. 269, citado por D'Arleville, *op. cit.*, pág. 77.

(32) K. Marx, *Manuscritos 1844*, ed. española, Alianza Editorial, Madrid, 1969, pág. 143, citado por D'Arleville, *op. cit.*, pág. 80.

pues también habla de la filosofía y pretende ser filósofo (33), es decir, reconoce que —según sus propias afirmaciones previas— es un alienado. Además, ironizando, se puede decir que, por conseguir el grado académico de «doctor en filosofía», es un «doctor en alienación».

El pensamiento de Marx no merece el nombre de filosofía, pues es arbitrario, gratuito y por ende no es científico, como lo exige Aristóteles; es caótico, desordenado y contradictorio, pues lo que una vez afirma, otra vez lo niega (34); parece que en eso consiste su «dialéctica». Todo esto viene como consecuencia de la negación de la existencia de la verdad objetiva. También hay que tener presente que en el pensamiento de Marx no predomina la razón sino las emociones —entre ellas el odio—, las que no solamente influyen sobre su pensamiento, sino que, en muchos casos, lo determinan. Incluso se puede decir que Marx detesta la razón y, en esto, es muy parecido a Lutero.

Menos todavía se puede llamar a Marx «sociólogo», pues nunca se preocupó (como por ejemplo Engels) por conocer la realidad social, viviendo en el mundo de su fantasía. Como un ejemplo ilustrativo puede servir el caso de su fanático antisemitismo, pues sus afirmaciones respecto a los judíos son completamente desvinculadas de la realidad de su tiempo. Marx afirma arbitrariamente que todos los judíos son usureros, mientras que

(33) F. Engels, *Contra Düring*, ed. española, Bergua, Madrid, 1935; el texto fue escrito por Engels, pero con colaboración de Marx.

(34) En la *Crítica de la filosofía del derecho de Hegel (Zur Kritik der Hegelschen Rechtsphilosophie)*, Marx sostiene que la religión es exclusivamente el producto del hombre, de su pensamiento e imaginación y que no aparece como reconocimiento de la realidad de Dios, de su existencia y, concluye, que «el hombre hace la religión y no la religión al hombre» (*Der Mensch macht die Religion, die Religion macht nicht den Menschen*); si la religión no hace al hombre, esto quiere decir que no tienen ninguna influencia sobre el hombre. Sin embargo, en la misma página afirma que la religión es el «opium» del pueblo, es decir, que aliena al hombre (*Die Religion ist das Opium des Volks*) y, de esta manera, niega lo que antes afirma. ¿No es eso ridículo? ¿Qué clase de «filosofía» es ésta?

los estudios sociológicos demuestran que esta afirmación carece de fundamento. Cuando Marx lanza estas afirmaciones en su artículo *Zur Judenfrage*, en 1844, más de la mitad de los 10.000 judíos que vivían en Baviera se dedicaban a la agricultura, y de los restantes 5.000 judíos, 4.000 se dedicaban a trabajos de artesanía (sastres, albañiles, carpinteros, zapateros, etc.), y los restantes figuran en los registros como comerciantes o dedicados a las profesiones liberales (médicos, abogados, etc.). En París, por el año 1808 (las estadísticas son de este año), había 2.500 judíos y, entre ellos, sólo cuatro figuran como usureros (35).

De manera parecida Marx hace caso omiso de otras realidades sociales de su época, entre ellas, especialmente, del «proletariado», pues no le interesa qué porcentaje de obreros y en qué país cabe dentro de la categoría de los «proletarios». Incluso pretende presentar su partido comunista, compuesto casi exclusivamente de gente culta, acomodada (la mayoría de ellos fueron banqueros y capitalistas de excelente situación financiera), como partido de los proletarios (36). Su llamado, en el *Manifiesto comunista*, «¡Proletarios de todos los países, uníos!», suena a ridículo, pues fue dirigido a los miembros de la Liga Comunista, en la cual no había ni un solo proletario, sino casi exclusivamente capitalistas millonarios, como Engels, y sus lacayos, como Marx.

Otros pretenden presentar a Marx como «economista», es decir, como perito en ciencias económicas. Gravísimo error. Basta al respecto el testimonio de Engels, su amigo, colaborador y auténtico economista, teórico y práctico, pues fue gran empresario. Engels, después de la muerte de Marx, en una carta a Franz Mehring,

35) Véase los estudios sociológicos sobre las ocupaciones de los judíos en la primera mitad del siglo XIX en Alemania, de Eleonore Sterling, *Er ist wie Du. Aus der Frühgeschichte des Antisemitismus in Deutschland (1815-1850)*, Munich, 1956; Simon Dubnow, *Weltgeschichte des jüdischen Volkes*, Berlín, 1926, citado por Raddatz, *op. cit.*, pág. 50.

(36) La «dialéctica» de Marx lo justificaba, pues, según Marx, su partido comunista defendía la causa del proletariado, incluso justificaba que Marx fuera dictador, pues a él correspondía actuar en nombre de la «dictadura del proletariado».

encargado por el partido socialista (marxista) de escribir una biografía oficial de Marx, afirma categóricamente que Marx no entendía nada de economía (37). Esta afirmación de Engels puede parecer exagerada, pues Marx tuvo que aprender algo de economía durante sus estudios jurídicos, pues el «curriculum» de entonces incluía varias materias al respecto; y también es sabido que leyó una enormidad de libros de economía en la biblioteca del British Museum, preparando *El Capital*, en el cual los cita con abundancia. Sin embargo, una cosa es leer y otra comprender lo que se lee y estudia. Sus conocimientos en esta materia fueron muy pobres, abstractos, desvinculados de la realidad y, ante todo, manipulados e instrumentalizados por su ideología revolucionaria. Marx se servía de la economía —y todavía de una manera muy deshonestamente— para dar apariencias «científicas» a su ideología revolucionaria y, ante todo, a su arbitraria y gratuita teoría de la explotación.

Pero si Marx no es filósofo, ni sociólogo, ni economista, entonces, ¿qué es?

La contestación no es fácil, pero si se quiere clasificarlo de alguna manera, para darle algún título «profesional» u ocupacional, parece que lo más acertado sería decir que es un ideólogo de la revolución; un ideólogo apasionado, movido por el odio y la rebelión, para quien la revolución no es solamente un fenómeno de cambio violento, sino que adquiere dimensiones metafísicas de un desesperado combate satánico contra Dios y el orden natural, como expresión ésta de la voluntad divina impuesta a la sociedad humana.

Casi todos los biógrafos de Marx subrayan que lo más característico de su personalidad es el odio a sí mismo y que este odio lo proyecta a toda la sociedad, de ahí su actitud rebelde y revolucionaria. Sin embargo, se trata de un odio excepcional, pa-

(37) «En réponse à une question de Franz Mehring, Engels put écrire: Il ne connaissait absolument rien à l'économie, et une expression comme "systeme économique" n'avait pour lui aucune signification». Citado por Raddatz, *op. cit.*, pág. 63.

tológico, inexplicable por las teorías psicológicas freudianas y otras, que reducen todo el problema a un «trauma».

El marxismo de Marx es, entonces, la proyección al exterior, a la sociedad, del odio que le atormenta en su interior, pero con el «elegante» disfraz de la «dialéctica» y de varias teorías seudo-científicas y, entre ellas, ante todo, la que él mismo llama «teoría de la revolución permanente» (este término lo tomó de los blanquistas). Entonces, para captar, entender y valorizar el marxismo —como lo más íntimo de su personalidad— hay que preguntarse: ¿qué es lo más íntimo de su alma? Ya hemos mencionado que casi todos sus biógrafos insisten en que es el odio, pero un Odio con una mayúscula plenamente justificada (como lo vamos a ver), y seguramente también la envidia, la soberbia, el complejo de inferioridad junto con el complejo de superioridad, la rebelión, el afán de destrucción, el desprecio por todos los valores espirituales, es decir, un verdadero «noeud des vîpères», como diría François Mauriac. Con razón Engels llama a Marx «un monstruo poseído de diez mil diablos» (38).

Entonces lo cierto es, y fuera de toda discusión, que Marx estuvo obsesionado por el Odio y que lo proyectaba a la sociedad, lo que le lleva a formular la necesidad de la revolución destructora y de asumir el papel histórico del revolucionario, es decir, del protagonista de su «revolución permanente» destructora, que no tiene límites ni en el tiempo (pues es «permanente»), ni en el espacio (pues es «mundial», *die Weltrevolution*), ni en el «campo» (de la política, cultura, economía, etc., pues es «vertical»); una revolución que se identifica con la rebelión. ¿Contra quién? o ¿contra qué? Contra el régimen social-económico-político-cultural establecido; contra la sociedad como tal, pero también y ante todo contra Dios y el orden natural.

Ahora bien, pasando de lo «cierto» a lo solamente «probable», busquemos la contestación a la pregunta: ¿cómo se explica

(38) En un poema medio grotesco, medio serio. El texto completo está en el libro de Raddatz, *op. cit.*, pág. 163.

este excepcional odio de Marx, que le lleva a plantear la necesidad de una revolución destructora del mundo?

Las contestaciones que se dan a esta pregunta son muchas y las vamos a reducir a dos grupos. En el primer grupo ponemos las teorías psicológico-sociológicas y, en el segundo grupo, las teorías metafísicas.

De las teorías psicológico-sociológicas sólo recordemos aquí dos: las que podríamos llamar «burguesa» y «judía». Ambas se refieren a lo que se podría llamar las «capas» o los «estratos» de la personalidad. En la sociología algunos hablan, en este caso, de lo «neo-sociológico» y de lo «paleo-sociológico». La primera teoría, es decir, la «burguesa», se refiere a lo «neo-sociológico», mientras que la segunda se refiere a lo «paleo-sociológico». Como vamos a ver, la segunda teoría completa lo que sostiene, en este caso, la primera.

La primera teoría se refiere a la «capa» superficial de la estructura de la personalidad de Marx, a lo neo-sociológico, a lo adquirido por la educación y la formación, principalmente en la familia y en el colegio; a lo consciente y lo conscientemente aceptado, aprobado y disfrutado; lo que también, hasta algún punto, podríamos llamar la «cultura personal» y que, en este caso, es la cultura «burguesa», como la clasifica el mismo Marx; la cultura por él después censurada, despreciada, ridiculizada, combatida, pero... plenamente vivida, practicada, conscientemente compartida y disfrutada.

Marx es un típico «burgués», es decir, es precisamente el típico ejemplo del hombre que él mismo desprecia y odia. En el vocabulario de Marx, la palabra «burgués» significa lo despreciable, odioso, repugnante, asqueroso. Sin embargo, Marx sabe perfectamente bien que él es un «burgués» y, más todavía, que es un «modelo» del hombre burgués que él mismo rechaza, repugna y combate. De ahí viene su complejo de odio de sí mismo y un complejo de inferioridad frente a los que no son «burgueses» (como sus compañeros en la Liga Comunista, los sencillos artesanos), insoportable para un hombre soberbio como él, que padece también un complejo de superioridad. Ahí está su

problema: está aquejado por dos complejos a la vez, el de inferioridad y el de superioridad; su conflicto interior es el conflicto entre estos dos complejos. Marx, desde niño, siempre demuestra que sufre un complejo de superioridad. Sin embargo, con el correr del tiempo, se forma en él el complejo de inferioridad a medida que se da cuenta qué es lo «burgués» y que descubre que él es «burgués»; esto es lo que él odia, pero de lo cual no puede librarse, pues no puede «desburguesarse» (porque le gusta ser «burgués», le gusta lo que odia, como un alcohólico, que odia ser alcohólico, pero le gusta el alcohol), y no pudiendo dejar de ser como es, es decir, «burgués» (que para Marx significa «canalla», «parásito social» y también «el ridículo»), se rebela contra sí mismo, contra su «burguesidad»; se odia.

Esta teoría (que implícitamente se encuentra en el estudio de Françoise Lévy), explica algo el espantoso odio de Marx contra sí mismo y la sociedad, y su postura revolucionaria (Françoise Lévy llama a Marx, irónicamente, «un revolucionario burgués»). Sin embargo, parece insuficiente, pero el odio de Marx parece tener mayores dimensiones y tener sus raíces en las «capas» más profundas de su personalidad, esto es, en lo paleosociológico, y por eso hay que tomar en cuenta también la segunda teoría, la que se refiere a lo más profundo del ser de Marx y que considera que lo odiado por Marx es algo más que lo neosociológico, es decir, lo adquirido por la educación y la formación, lo «burgués», pues su odio, en gran parte subconsciente, tiene sus raíces en lo hereditario, en lo congénito, en lo innato, esto es, en lo sico-somático, racial, en el hecho de que Marx es judío. Marx es no solamente un «burgués», sino un «burgués judío».

En realidad, como lo hemos visto, Marx es un judío en el más estricto y correcto sentido de la palabra, pues lo es no solamente por raza, por nacimiento en el seno de una antiquísima familia judía, sino también por su educación, formación y cultura, recibidas en su niñez, lo cual pesa sobre su personalidad y, hasta en algún punto, la determina, según la opinión del mismo Marx, quien declaró: «La tradición de todas las generaciones

desaparecidas gravita como una pesadilla sobre el cerebro de los vivos» (39). En las biografías de Marx, escritas por autores judíos, se insiste sobre el carácter judío de la personalidad de Marx, incluso indicando detalladamente cuáles son los rasgos de su carácter que debe a sus antepasados. El judío Blumenberg, autor de una de las mejores biografías de Marx, escribe al respecto: «Se ha pretendido vincular varios rasgos de la personalidad de Karl Marx con los caracteres de tales o cuales de sus antepasados. Por ejemplo, se ha querido relacionar su carácter combativo con la herencia de Josua Heschel Lwow. A veces se ha exagerado simplificando estas influencias hereditarias y, así, por ejemplo, Arthur Sakheim llama a Marx "el exégeta y el talmudista de la Sociología". Se ha pretendido encontrar en Marx el don de asociación —un don sorprendente— en la ingeniosidad de su pensamiento y en la fuerza de su exégesis, en la agudeza de su polémica, en la maestría de su dialéctica, como herencia de esta larga serie de sabios rabinos, experimentados en los ejercicios espirituales y trabajos intelectuales. Georg Adler insiste en la tendencia natural del espíritu de Marx a las conclusiones extremistas, su inclinación a la abstracción, generalización, deducción, en las construcciones intelectuales, las cuales se acentuaron más todavía por los estudios de la filosofía de Hegel. Sea como fuere, nosotros no deberíamos pasar por alto estos antecedentes. Esta es la opinión de todos los investigadores judíos que, en este asunto, gozan de una especial autoridad, como lo son, por ejemplo: G. Adler, S. Dubnow, D. Farbstein, H. Horowitz, E. Lewin-Dorsch, G. Mayer, A. Sakheim, B. Wachstein, S. de Wolff. Muchos de los investigadores colocan a Marx entre los antiguos profetas» (40).

(39) Citado por D'Arleville, *op. cit.*, pág. 30.

(40) «Man hat manchen Zug in seiner Erscheinung auf bestimmte Vorfahren zurückführen wollen, etwa seine Kampfnatur auf jenem Josua Heschel Lwow. Manchmal tat man die Einflüsse recht summarisch ab, wenn man ihn z. B., wie Arthur Sakheim, den "Exegeten und Talmudisten der Sociologie" nannte, Man hat Marx'erstaunliche Associationsgabe, die Scharfsinnigkeit seines Denkens, die Kraft der Exegese, die Schärfe

Muchos autores destacan que Marx, siendo judío, tiene conciencia de ser un profeta; que alguna fuerza misteriosa se apodera de él y lo empuja a actuar como profeta: denunciar los males existentes en la sociedad y predicar respecto al futuro inevitable, que va a llegar con fatalidad. Su anunciada sociedad perfecta del futuro, la sociedad comunista, está presentada por Marx como lo fatal, lo inevitable (el historicismo marxista), que hay que aceptar con resignación. Blumenberg recuerda que: «Muy a menudo se compara a Marx con los antiguos profetas, porque él proclama la llegada de una inevitable transformación de la sociedad, que en sus expresiones precisas alcanza la imagen del destino fatal. Muchos sabios que dudaban respecto al carácter científico de las teorías de Marx, especialmente los escritores judíos, como Camus y Borkenau, hacen precisamente eso» (41). «Como profeta... Marx posee una misión, que no le permite elegir entre hablar y callarse, y que constituye el verdadero misterio de la personalidad profética. El pretende poseer el monopolio de la verdad y de la infalibilidad. Marx mismo ensalza la soberbia de la infalibilidad comunista (en la carta a Engels del 25 de agosto de 1851), haciendo de ella la suprema virtud del comunista» (42).

Este profetismo y mesianismo de Marx, típicamente judío, es evidente en el *Manifiesto comunista*. La revolución comunista

seiner Polemik und die dialektische Meisterschaft als Erbe dieser langen Reihe auf Gedankenarbeit und Verstandesschärfe trainierter Gelehrter sehen wollen. Georg Adler betont die "natürliche Empfänglichkeit des Marschen Geistes" für radikale Schlussfolgerungen und seine "Anlage zu Abstraktion, Deduktion und Konstruktion", die durch das Studium der Philosophie Hegels noch stärker entwickelt werden musste. Wie dem auch sei, keinesfalls darf man diese Ahnenreihe übersehen. Das ist Ansicht aller jüdischen Forscher, also der kompetentesten Beurteiler möglicher Einflüsse (etwa G. Adler, S. Dubnow, D. Farbstein, H. Horowitz, E. Lewin-Dorsch, G. Mayer, A. Sakheim, B. Wachstein, S. de Wolff). Viele Forscher stellen Marx' in eine Reihe mit den alten Propheten», Blumenberg, *op. cit.*, páginas 14-15.

(41) Blumenberg, *op. cit.*, pág. 109.

(42) *Ibid.*, pág. 110.

está anunciada como una calamidad para la burguesía y viene con fatalidad. El «proletariado» es encargado por Marx de asumir el papel mesiánico de un nuevo «pueblo escogido» y, con la misión, además, de redimir a toda la humanidad. La futura sociedad ideal comunista reemplaza al Reino de Dios anunciado por los profetas y por Cristo.

Raddatz recuerda que Marx, todavía siendo un joven de 17 años, manifiesta en sus escritos dos rasgos típicamente judíos: el odio de sí mismo y la convicción de que todo en la vida humana es predestinado (43). Ambos elementos explican psicológicamente el hecho de la rebeldía tan frecuente entre los judíos. Marx desde muy joven se odia a sí mismo (por ser judío) y proyecta este odio a toda la humanidad, lo que se manifiesta en sus poesías, manifestando, al mismo tiempo, soberbia y complejo de inferioridad, como en el poema escrito para su novia Jenny:

«Jenny, si puedo proclamar que hemos unido nuestras
almas en amor,
Y que un mismo ardor las llena y que la misma ola
las arrastra.
Entonces, con desprecio lanzaré mi guante al rostro
del mundo,
Y veré derrumbarse a este pigmeo-gigante, cuya caída
no podrá sofocar mi ardor.
Cuando, parecido a los dioses, ebrio de victoria,
Camine yo sobre las ruinas,
Y dando a mis palabras la fuerza de la acción,
Me sentiré al igual del Creador» (44).

(43) «Dans cet écrit de jeunesse, on trouve d'ores et déjà deux éléments importants: la tendance typiquement juive à cette haine ou mépris de soi-même qui, de son propre aveu, va presque jusqu'à la haine de l'humanité, et un déterminisme historique que le jeune homme de dix-sept ans exprime avec une surprenante clarté dans la phrase devenue classique: Nous ne pouvons toutefois pas toujours atteindre l'état auquel nous nous pensons destinés; dans une certaine mesure, en effet, notre situation dans la société est déjà fixée avant que nous ne soyons en mesure de prendre une décision», Raddatz, *op. cit.*, pág. 20.

Así, Marx tiene todavía otra razón para odiarse. Su odio de sí mismo por ser «burgués» se afirma y aumenta por ser judío. Este espantoso odio, proyectado a toda la sociedad, lo lleva a la rebelión y a asumir el papel del revolucionario, del destructor del mundo. Esta teoría, hasta algún punto, está implícitamente en la obra de Raddatz.

A muchos bastan estas dos explicaciones de la posición revolucionaria de Marx. Sin embargo, como lo hemos ya visto, en el odio de Marx y en su «revolución permanente» hay algo más, hay lo metafísico, y las mencionadas teorías psicológico-sociológicas no llegan a explicar esta dimensión metafísica; por esta razón hay que recurrir también a la teoría de Richard Wurmbrand sobre el satanismo de Marx.

Hemos visto que los estudios del pastor luterano Richard Wurmbrand proporcionan interesantísimas informaciones sobre el satanismo de Marx. Sin embargo, no conviene limitarse (como lo hace Wurmbrand), sólo a los aspectos del culto satánico, practicado por Marx, sino que hay que tomar en cuenta que su pensamiento «dialéctico» está conscientemente puesto al servicio de la mentira y del Mentiroso, del Engañador. Marx adora a Satanás y le sirve no solamente por actos de culto, es decir en el plano de una anti-religión, sino también y principalmente en el plano del pensamiento (la mentira) y en el plano de la acción (el odio). Su revolución es la participación en la rebelión de Satanás contra Dios, contra el orden natural, contra el hombre como creatura de Dios, amada por Dios y redimida por Dios, por Cristo.

Marx, por su revolución permanente, quiere destruir la sociedad humana, pues ella es el objeto de la preocupación de Dios, del amor divino. Esta sociedad, a pesar de estar muy alejada de Dios y de sus Mandamientos, sigue siendo una sociedad penetrada por la religión y marcha conscientemente al destino eterno, el cual es el objeto del combate entre Cristo y Satanás. Es la

(44) Citado según la traducción castellana que se da en D'Arlevile, *op. cit.*, págs. 117-118.

obra de Dios, su creatura, y Marx, no pudiendo alcanzar con su odio a [Dios, quiere al menos herir a su criatura, al hombre, a la sociedad humana.

Su concepto del comunismo como «movimiento» y no como un ideal de la sociedad, no como algo estático, sino como algo exclusivamente dinámico, se identifica con su concepto de la «revolución permanente», entendida como caos, como un permanente proceso de destrucción, es decir, como lo opuesto al orden natural, basado sobre la Ley Eterna.

Su odio «natural» (humano) se nutre con el odio extra-natural (satánico). No hay que olvidar que Satanás es el Odio, es la Mentira, es la Soberbia, es la Rebelión, es la Revolución. Marx, adorando a Satanás y entregándose a él, sirviendo a él, asume conscientemente el papel de Prometeo, del rebelde frente a Dios. Así, la revolución marxista-comunista llega a ser el «satánico azote» (45), para la humanidad entera por ser «intrínsecamente perverso» (45), es decir, satánico.

Varias veces se ha subrayado anteriormente que el «marxismo» de Marx es ante todo la proyección de su personalidad. Si esta personalidad está llena de odio, de complejos y, ante todo, alberga y hace suyo lo satánico, el marxismo es el satanismo.

¿En qué consiste el carácter satánico del marxismo?

Fuera de lo anteriormente subrayado (la rebelión contra Dios y contra el orden natural), en el satanismo de Marx conviene destacar su odio al hombre y a la sociedad humana. Marx conscientemente quiera hacer sufrir al hombre y a la sociedad, a cada hombre y a toda la sociedad. De ahí su concepto del comunismo-atéismo = materialismo (46). Propone una sociedad

(45) Se trata de las expresiones de la encíclica *Divini Redemptoris* (sobre el comunismo) del Papa Pío XI, de 1937; estas expresiones no son retóricas, sino profundamente teológicas.

(46) «El comunismo empieza inmediatamente con el ateísmo (Owen)», escribe Marx en los *Manuscritos 1844*, citado por D'Arleville, *op. cit.*, página 83. «Religión, familia, Estado, derecho, moral, ciencia, arte, etc., no son más que formas especiales de la producción y caen bajo su ley general. La superación positiva de la propiedad privada, la primera superación positiva de la propiedad privada, es el comunismo», *ibid.*

«comunista» (en este caso usa el término «comunismo» en el sentido aceptado por las doctrinas sociales, esto es, una sociedad sin propiedad privada, sin derecho del hombre a los frutos de su trabajo), pues quiere despojar a todos de todo (47), es decir, de todos los bienes materiales y culturales, lo que prácticamente significa hacer sufrir a todos una privación espantosa de todo lo que el hombre de manera imprescindible necesita diariamente, viniendo, en consecuencia, el inmenso, inmensurable y permanente dolor humano, que transforma a la sociedad en el infierno en la tierra, en lo temporal. Y aun más, pues esta sociedad viene a ser profundamente penetrada por el odio indescriptible y por la envidia, pues todos se aborrecen mutuamente. Un ejemplo concreto ilustrativo lo constituyen los campos de concentración y de trabajo forzado en la Unión Soviética, los cuales son un modelo y prototipo de la futura sociedad comunista-marxista mundial, la cual, en realidad, tiene que llegar a ser un solo, inmenso, extendido a todo el mundo, campo de trabajos forzados, un solo Gulag mundial, de miseria, de odio, de sufrimientos, el infierno en la tierra en lo temporal y terrenal, es decir, la extensión del imperio de Satanás a la sociedad humana. Quien tenga alguna duda respecto al carácter infernal de estos campos de trabajos forzados, que lea un testimonio directo de uno de los condenados, que alcanzó a escapar al mundo libre y que lo describe en la obra en 3 volúmenes bajo el título *Kolyma*; el autor es un judío marxista-comunista, Varlam Chalamov (48).

Sin embargo, el satanismo del marxismo no termina aquí, pues Marx pretende despojar a cada hombre y a toda la socie-

(47) Un ejemplo ilustrativo: Polonia, según las declaraciones oficiales de los gobernantes comunistas, está todavía muy lejos del comunismo, pues sigue en la etapa «socialista» (igual que la Unión Soviética después de los 66 años de régimen marxista), pero es muy difícil conseguir artículos tan absolutamente necesarios como jabón y detergentes, e incluso, agujas para coser la ropa o alfileres. Es fácil imaginarse qué sufrimiento diario significa esta situación, pues todos son menesterosos.

(48) El original está escrito en ruso, pero ya hay una traducción francesa, publicada por Editions François Maspero, París.

dad no solamente de los bienes temporales, materiales y culturales, sino que, al condenar a todos a vivir un infierno en la tierra, va mucho más lejos y quiere incluso quitar al hombre la esperanza de una vida mejor más allá de lo terrenal, después de la muerte, y por eso quiere despojar a todos también y, ante todo, de los bienes espirituales, de la fe en la existencia de Dios y de la vida después de la muerte. No solamente quiere quitar a los hombres bienes espirituales como amistad, bondad, fraternidad, libertad y amor (para mencionar algunos), sino ante todo quiere quitar la fe en la existencia de Dios y de la vida después de la muerte, la fe en la existencia del Cielo. Su comunismo-materialismo-atéismo despoja al hombre de la fe en Dios y en la vida eterna, y de esta manera condena a todos al infierno en la eternidad. Aquí está el satanismo del marxismo, pues el imperio eterno de Satanás, el infierno, quiere extenderse en lo temporal para mejor asegurar el dominio eterno de Satanás sobre todos los hombres. En eso consiste lo esencial del marxismo, es decir, de la «revolución permanente».

Marx es responsable del incontable dolor humano de los millones de seres que sufren siendo víctimas de su revolución. Marx es directamente responsable de más de 200 millones de personas vilmente torturadas y asesinadas por el terror, que es el elemento esencial de la revolución marxista-comunista: 125 millones en China (según los cálculos de J. Ravel), al menos 70 millones en Rusia (según Solzenitzyn y otros) y al menos 5 millones en otras partes del mundo (Indochina, Africa, América Central, etc.).

Marx es indirectamente responsable de innumerables conflictos sociales, artificialmente inflados y aumentados, que llevaron a los países a la primera y la segunda guerras mundiales y probablemente llevarán a la tercera, pues su «revolución permanente» está en la base de los conflictos de odio racial, de odio de clases, de mucho conflictos políticos entre naciones y países porque su doctrina es el odio y a medida que esta doctrina se extiende a todos los países, todas las sociedades se penetran con él, es decir, con lo satánico.

Además, hay que recordar que el marxismo es la fuente y la base de muchas otras doctrinas políticas y sociales y, ante todo, del marxismo-leninismo, éste con distintas corrientes, pero todas ellas unidas con un mismo fin: extender a todo el mundo la inhumana y diabólica revolución bolchevique, el *Weltoktober*, que lleva directamente a innumerables conflictos políticos y sociales en todo el mundo e impide una vida normal de las naciones que buscan su propio desarrollo, bienestar y paz.

Es gracias al marxismo, que constituye la base ideológica de la Unión Soviética y de la China comunista, que estas dos potencias se han transformado en los agresores permanentes y peligrosísimos para todos los países todavía libres. Es el marxismo el que justifica el imperialismo de la Unión Soviética y de la China comunista, un «imperialismo comunista» que tarde o temprano llevará a la tercera guerra mundial, la cual —dadas las condiciones tecnológicas— puede tomar carácter de catástrofe apocalíptica, que ya se da, en cada caso, es decir, en el de las guerras solamente convencionales, o no nucleares, por el espantoso sufrimiento de millones de personas que se causa. Esto es obra del satanismo, pues hacer sufrir al hombre es la obra de Satanás, hacerlo sufrir aquí en la tierra y, ante todo, en el más allá, en la eternidad.

Tomando todo eso en cuenta, hay que concluir que Marx y su marxismo es la calamidad de nuestro tiempo. Parece que se puede aplicar a Marx las escalofriantes palabras de Cristo pronunciadas en relación a Judas: mejor sería que no hubiera nacido.